



VIRGINIA GARCIA ACOSTA  
Coordinadora

# ***HISTORIA Y DESASTRES EN AMERICA LATINA***

**VOLUMEN II**

**LA RED**

Red de Estudios Sociales en Prevención de  
Desastres en América Latina

**1997**

Si el primer volumen de Historia y Desastres en América Latina es, como se dice allí “el producto germinal que permite mostrar que existen posibilidades de desarrollar este campo, pionero tanto en México como en el resto de América Latina”, este segundo consolida tales posibilidades. Algunos de los ensayos que aparecen aquí fueron entregados con mucha anticipación, pero se reservaron para acompañarlos con otros que permitieran hacer lecturas comparativas en tiempos y espacios similares, o bien que posibilitaran que el libro ofreciera una visión geográfica más amplia. Se trata de diez ensayos que se han organizado con base en una secuencia cronológica y que se encuentran inscritos en los períodos prehispánico, colonial, y en el siglo XIX. Se ubican en los espacios actualmente ocupados por México, Guatemala, El Salvador, Colombia, Perú, Bolivia, Argentina y Brasil.

Los procesos crecientes de vulnerabilidad que se han desarrollado en América Latina a lo largo de su larga historia, muestran que la presencia de amenazas de orden natural han provocado desastres siempre en asociación con ellos. Desde las culturas y civilizaciones más antiguas que evolucionaron en la región, hasta las naciones hoy existentes, pasando por sus respectivas etapas de colonización e independencia, se han enfrentado a desastres que no resultan ser absolutamente naturales. La constatación de esta aseveración que antes, y aún para muchos resulta ser todavía una hipótesis, obliga a repensar muchos de los esquemas prefigurados por las instituciones, las universidades, los organismos locales, nacionales e internacionales, en términos de considerar seriamente por qué estos desastres son cada vez menos naturales.

## TABLA DE CONTENIDO

<b>UN TESORO Y UNA SUPERSTICIÓN. EL GRAN TERREMOTO PERUANO DEL SIGLO XIX .....</b>	<b>2</b>
RODRIGO NÚÑEZ-CARVALLO.....	2
INTRODUCCIÓN.....	2
LOS EVENTOS PRECURSORES.....	3
"YA NO EXISTE EL SUR" .....	6
AZAR Y VULNERABILIDAD.....	8
UNA OLA DE 16 METROS.....	9
LA OPULENCIA FUGAZ.....	12
RUMBO AL ABISMO.....	15
EL PEOR DE LOS DESASTRES.....	17
BIBLIOGRAFÍA.....	19
NOTAS.....	20

## UN TESORO Y UNA SUPERSTICIÓN. EL GRAN TERREMOTO PERUANO DEL SIGLO XIX

**Rodrigo Núñez-Carvallo**

The earthquake that shook Southern Peru in 1868 serves as the main theme through which this essay explores the economic, social and political conditions of the affected population. It aims to demonstrate that the social implications and effects of disasters related to natural phenomena can only be fully understood when their historical context is duly taken into account.

### INTRODUCCIÓN

Si intentáramos reconstruir simbólicamente la historia peruana del siglo XIX, tendríamos que recurrir a la imagen de un tesoro profanado por manos ávidas de dinero y de poder. El tesoro fue el guano, una riqueza natural que comenzó a ser explotada pocos años después de la independencia y que despertó desmedidas ambiciones e innumerables sueños de progreso. Pero la posibilidad del guano, un increíble fertilizante procedente de los excrementos de las aves marinas y utilizado desde los tiempos prehispánicos, se desvaneció tan rápido como había aparecido, dejando al Perú sumido en una terrible pesadilla. Desde entonces nos hemos preguntado si el desastre fue producto de las fuerzas siniestras del maleficio o directo resultado del individualismo y el lucro. Vana disyuntiva, pues la superstición teñía tanto las mentalidades ancladas en la Colonia, como el espíritu aventurero de los modernizadores. Para los primeros era una maldición someterse a las leyes del mercado, y para los segundos la sacralización del pasado abolía la vigencia y el hechizo de la razón.

Casualmente Un tesoro y una superstición es el título de una tradición de Ricardo Palma,<sup>1</sup> ambientada en los tiempos del fortísimo terremoto que azotó el sur peruano en 1868. El relato se desenvuelve en las tierras de Locumba, valle situado en el departamento de Tacna, donde presuntamente se escondía el entierro de un antiguo curaca indígena. Como deteniendo el tiempo, los pobladores creían que nada permanecería en pie, si alguien intentaba apropiarse del "tapado". Sin embargo, más pudo el afán de riqueza que la paz de los muertos.

No había terminado el mayordomo de abalanzarse sobre el tesoro, cuando

en ese mismo momento un siniestro ruido subterráneo obligó a todos a huir despavoridos. Se desplomaron las casas de Locumba, se abrieron grietas en la superficie de la tierra, brotando de ella borbollones de agua fétida; los hombres no podían sostenerse en pie, los animales corrían espantados y se desbarrancaban, y un derrumbamiento volvía a cubrir la tumba del cacique. Se había realizado el supersticioso augurio de los indios: al tocar el cadáver sobrevino la ruina y el espanto. Eran las cinco y cuarto del fatídico 13 de agosto de 1868, día de angustioso recuerdo para los habitantes de Arica y otros pueblos del sur.<sup>2</sup>

No es exagerado decir que el recuerdo de la destrucción y la vastedad del sismo del año 1868, que Palma recoge en esta tradición, dejó una huella imborrable en la memoria colectiva de los

peruanos. El terremoto alcanzó, según las estimaciones y cálculos actuales, una magnitud del orden de los 8.6 grados en la escala de Richter (que mide la cantidad de energía liberada por un evento sísmico) y una intensidad cercana al grado XI en la escala modificada de Mercalli. Al movimiento terráqueo siguió un tsunami que golpeó todo el litoral y llegó hasta las costas de California, Hawai, las Filipinas, Australia, Nueva Zelanda y el Japón.<sup>3</sup>

El movimiento telúrico se percibió en una área costera de 2,800 km de extensión, desde Samanco (situada 400 km al norte del Lima) hasta Valdivia en Chile. El epicentro fue localizado en la costa de Tacna. Hacia el Este se sintió incluso en Cochabamba, Bolivia, en la vertiente oriental de los Andes y a unos 224 km del mar. Indudablemente se trataba del más grande terremoto peruano de todos los tiempos, lo cual ha sido confirmado por estudios científicos recientes, en base a relaciones empíricas entre la magnitud, la intensidad y la extensión territorial que afectó.

## LOS EVENTOS PRECURSORES

No sólo la tierra tembló en ese agitado año de 1868. La reacción conservadora había logrado imponerse en todos los terrenos, obligando a renunciar al general Mariano Ignacio Prado el día 5 de enero, tras los levantamientos del ex-vicepresidente Pedro Diez Canseco en Arequipa, y del coronel José Balta en Trujillo. Pero las razones de principio no eran las únicas justificaciones para dichos alzamientos. No se le perdonaba al renunciante esquivar la crisis fiscal mediante una profunda reforma tributaria que incrementaba los impuestos territoriales. Pronto los propietarios de tierras más tradicionalistas llamaron a los conspiradores de oficio y Prado vio sacudirse todo el piso del poder. Duro destino para quien había sido el artífice de la victoria tripartita de Ecuador, Perú y Chile contra la armada española, el 2 de mayo de 1866.

Los arrestos radicales de los liberales sucumbieron ante el peso de la realidad. Carente del poder necesario para imponer salidas a la crisis, Prado prefirió ahorrarle al país una guerra civil y retirarse a sus cuarteles de invierno (de los que retornaría sólo ocho años después). No era ése un momento de apogeo liberal, pues todavía la influencia del segundo imperio invitaba a la mesura y el pragmatismo. Quizá por eso, la efímera constitución peruana de 1867 no llegó a regir, y hasta fue quemada públicamente en Arequipa por mujeres azuzadas por el obispado.

Finalmente, el general Pedro Diez Canseco encontró las puertas de palacio abiertas y el 20 de enero llegó a Lima, restableció la constitución de 1860 y juramentó como mandatario provisional, con la intención de convocar elecciones casi sobre la marcha. Este aristócrata arequipeño, que según el régimen político de la carta de 1860 era presidente por vacancia del titular, aseguró rápidamente su presencia en la primera magistratura con el concurso de los consignatarios del guano. "Las dificultades económicas que encontró al hacerse cargo del mando fueron salvadas gracias al adelanto que hizo la casa alemana Witt y Schutz, promoviendo a su vez un empréstito entre los demás consignatarios".<sup>4</sup> Pero contrariamente a lo esperado en una situación de austeridad, el presidente hizo llamar de Chile a Enrique Meiggs, para iniciar una audaz aventura constructiva.

Este "yankee", genio de las finanzas y de los proyectos faraónicos, que había tendido las líneas del ferrocarril de Santiago a Valparaíso, fue contratado con una celeridad inusitada para emprender la construcción del ferrocarril de Arequipa al mar, de aproximadamente 120 km de

longitud. Los trabajos fueron iniciados "sin plan alguno y sin estudios previos", dice Basadre.<sup>5</sup> Meiggs había trabado amistad en Chile con el doctor Juan Manuel Polar, antiguo ministro peruano ante el gobierno de Santiago. Pero Polar era ahora jefe del gabinete del general Diez Canseco, y se encargó de invitar formalmente al norteamericano. Instalado Meiggs en Lima con un séquito impresionante de técnicos y colaboradores traídos del extranjero, se dedicó a visitar a personas influyentes y a tomar contacto con el mundo de los negocios, el periodismo y la intelectualidad. "A los cuatro meses de su estadía había conseguido ya la concesión de esa obra".<sup>6</sup>

Pero lo cierto es que Diez Canseco estuvo en todo momento dispuesto a mover montañas para que los rieles llegaran a su ciudad natal. Pese a la transitoriedad de su gestión, o quizá por ello mismo, forzó voluntades y festinó trámites y estudios. Pero además se dice que el gobernante interino "fue accesible a las solicitudes de los hacendados del valle del Tambo". No sólo cambió la ruta del ferrocarril que tomó el camino de Mejía, sino varió el emplazamiento del puerto, aunque no se haya encontrado prueba que demuestre "gaje o remuneración alguna por esta concesión".<sup>7</sup> La rada de Mollendo, situada cinco millas náuticas más al sur, reemplazó desde entonces a Islay. Meiggs, sin embargo, no se arredró ante las enormes dificultades técnicas del nuevo trazado y sorteó con éxito los desafíos logísticos.

El costo del ferrocarril que uniría la segunda ciudad del país con el mundo, alcanzó la astronómica cifra de doce millones de soles, aproximadamente tres y medio millones de libras esterlinas al cambio, lo que a todas luces representaba una abierta sobrevaluación de los gastos del proyecto, si se considera además que todos los materiales estaban exonerados de derechos aduaneros. "Se habló en esa época de la inflación de precios y de los sobornos pagados por el contratista para acelerar la aprobación de la concesión".<sup>8</sup>

Obviamente el gobierno de Diez Canseco tenía prisa de cumplir sus promesas "de modernizar" su tierra de origen, antes de cesar en sus funciones. El trabajo se inició simultáneamente sobre tres frentes: la pampa de Islay, las proximidades de la ciudad de Arequipa y las cercanías de Mollendo. Para cumplir con los ajustados plazos se tuvo que reclutar mano de obra chilena y boliviana. Las riñas entre trabajadores de diversa nacionalidad fueron frecuentes y las condiciones laborales deplorables, debiéndose importar apresuradamente miles de toneladas de alimentos para atender la manutención de doce mil trabajadores.

Enfermedades como el paludismo, la viruela y la fiebre amarilla se abatieron sobre los operarios y jornaleros. Se calcula que dos mil de ellos murieron antes de diciembre de 1870, fecha en que se concluyeron los trabajos con bastantes meses de anticipación. La modernidad cobraba sus primeras víctimas. Como es tan frecuente en las historias del siglo XIX, los trabajadores sin patria ponían la sangre mientras los durmientes eran proporcionados por Oregón, los rieles tenían procedencia inglesa, las locomotoras venían de Nueva Jersey, los alimentos se traían de Chile, y las herramientas tenían la calidad de Nueva Inglaterra.

Cursado el interinato de Diez Canseco, el coronel José Balta juramentó como presidente el 2 de agosto de 1868, después de unos apurados comicios en los que venció abrumadoramente. La representatividad política del nuevo presidente podría cuestionarse con los ojos del presente, pero en aquellos tiempos era normal que poco más de cuatro mil electores, que acreditaban ser letrados en castellano y poseer propiedades, decidieran el destino de los casi 2.7 millones de peruanos, 60 por ciento de los cuales eran indios y hablaban solamente el quechua o el

aimara.<sup>9</sup> Muy pocos reparaban en la incongruencia de un régimen republicano donde la soberanía popular residía en un puñado de notables, segregando de toda decisión política a las mayorías autóctonas.

No solamente se mantenía sumidos en la miseria, el servilismo y la ignorancia a los habitantes originarios del país, como secuela de casi trescientos años de presencia hispánica, sino que se les reprimía severamente. Apenas un año antes, en 1867, el ejército había masacrado a los indios de Huancané (Puno), alzados en protesta por la restauración de la contribución personal, único impuesto que aceptaba la plutocracia guanera para resolver la falencia del Estado. Los indios justificaban su insurrección manifestando:

La opresión y el absolutismo con que nuestras autoridades locales (nos tratan) han llegado a exacerbar ya nuestro genial sufrimiento. Se enumeraba en seguida el pongaje, el trabajo sin remuneración, las exigencias para el pago del empréstito nacional y para limosnas en favor de la catedral, la contribución personal.<sup>10</sup>

Pero mientras la resistencia contra una velada restitución del tributo indígena fue aplacada con bayonetas y fusiles, los propietarios apelaron a todos los recursos y presiones en las alturas, incluido el derrocamiento de Prado, para liberarse de nuevas cargas tributarias.

Después de haber encabezado la resistencia contra el aumento de los impuestos, el flamante presidente Balta se encontraba ahora con las alas cortadas para conjurar la grave crisis fiscal, que se iba profundizando con el paso de los días. No podía recurrir a la expeditiva medida de aumentar los tributos porque perdía el respaldo de sus aliados, pero seguir medrando de las ganancias futuras del guano parecía imposible, dado el elevado endeudamiento del Estado. El guano había brindado durante cuatro décadas una riqueza excepcional, malversada en la mayoría de los casos por los caudillos militares, los financieros dedicados a la consignación y el entorno de los políticos de turno. "Se calcula que hasta el 31 de octubre de 1867, los consignatarios peruanos y extranjeros habían exportado 7,115,194 toneladas de guano, por valor de 218,603,625 soles".<sup>11</sup> De dicha fabulosa suma poco o nada quedaba en el erario, salvo una crecida deuda y nubes que anunciaban una segura bancarrota. El tesoro del cacique de Locumba se había esfumado entre las manos de los poderosos y sus mayordomos, y el desastre estaba próximo.

Con un aparato tributario organizado, con una fuente de ingresos que no exonerara al influyente y mediante una insignificante supervisión de los dineros públicos, el guano hubiera podido solventar entre 1842 y 1868 una serie de inversiones reproductivas. Poco de ello se hizo. Muy a nuestro pesar la historia económica peruana del siglo pasado parece una larga sucesión de despilfarros y "prosperidades falaces", negociados, sobornos y comisiones ilícitas. La consolidación de la deuda interna de 1853, motivó por ejemplo la falsificación de papeles de las deudas de la independencia por casi 15 millones de libras esterlinas de la época, las que fueron a parar a las arcas privadas de las familias cercanas al poder.

Sólo una pequeña porción de las ganancias del guano se utilizó productivamente. Durante la década de los cincuenta se habían construido los ferrocarriles de Lima al Callao, de Lima a Chorrillos, y el de Arica a Tacna, que no superaban unas pocas decenas de km. También algunos capitales contribuyeron decisivamente a la transformación de la agricultura en la costa norte y central. "Son el algodón y el azúcar los que mejor ilustran la inversión de los capitales

del guano en manos privadas".<sup>12</sup> Las plantaciones se tecnificaron, introdujeron tractores de vapor, se formaron sociedades agrícolas. No ocurrió lo mismo en las zonas cordilleranas y altiplánicas del sur que se mantuvieron como congeladas en el tiempo, ya que la economía de las lanas, dinamizada por las casas comerciales inglesas, no afectó mayormente a las grandes haciendas serranas. Éstas, en lugar de modernizarse, se extendieron a costa de las antiguas comunidades indígenas.<sup>13</sup>

Balta no halló un panorama muy alentador:

Cuando se discutió el presupuesto en el Congreso de 1868, se notó un enorme déficit ascendente a 18 millones para el gasto del bienio. El Ministro de hacienda, doctor Francisco García Calderón, había empezado a solicitar la autorización legislativa para reorganizar las oficinas fiscales y para contratar un empréstito de dos millones de soles con los consignatarios del guano, cuyo monto desapareció en dos meses.<sup>14</sup>

## "YA NO EXISTE EL SUR"

A la catástrofe fiscal se sumó el gran sismo del 13 de agosto de 1868, apenas diez días después de instalado el nuevo gobierno. Un lejano terremoto hubiera pasado inadvertido en la centralista Lima, si no fuera porque la intensidad que alcanzó en la propia capital no fue nada despreciable. El lingüista y estudioso alemán Ernst Middendorf, que vivió casi 25 años en el Perú, describe así el inusitado movimiento:

El 13 de agosto, a las cinco de la tarde, el autor estaba trabajando en su escritorio, alistando su correspondencia para el correo de Europa, que debía salir al atardecer de ese día, cuando repentinamente, tuvo la sensación de un vértigo [...]

Heinrich Witt, consignatario y prestamista del gobierno, en un diario que escribió secretamente durante casi 70 años, retrató así la experiencia telúrica:

A diez minutos para las 5 p.m. se sintió un temblor, que estuve seguro que duró más que ningún otro que hasta ahora había experimentado. Yo pensaba que su duración pudo haber sido de dos y medio a tres minutos, otros le dieron tantos como cuatro.<sup>16</sup>

La abulia limeña estaba acostumbrada a los temblores y hasta los celebraba, porque rompían la monotonía de las rutinas todavía virreinales. Pero los extranjeros solían percibir la vida citadina con más distancia y agudeza, con un espíritu más positivista y por ello seguramente no hubo exageración cuando escribieron la duración y fuerza del fenómeno. Además, todas las versiones, las de nacionales y las de extranjeros, coinciden en señalar que el movimiento terráqueo alcanzó una duración de tres a cuatro minutos en la capital.

El clima de conmoción fue ascendiendo con el transcurrir de los minutos:

Exactamente una hora después tuvimos otro remezón pero fue menos violento y más corto. Durante la noche se sintió un tercer remezón en el Callao; el mar creció hasta tal grado como para barrer sobre el muelle e inundar la parte baja de la



ciudad [...] En la noche del trece al catorce, el Callao sufrió grandes daños por el agua.<sup>17</sup>

El recuerdo del tsunami que arrasó el Callao en 1746, puso en alerta a la población. Los temblores sucesivos y el maremoto de las costas de Lima hacían presumir que el desastre en su lejano origen hubiera tenido consecuencias lamentables. Inmediatamente la memoria colectiva de la población reparó en la tradición sísmica y volcánica de Arequipa. Este sistema de información atávico e intuitivo, reemplazaba la comunicación telegráfica que sólo años después se instalaría:

Ya esa misma noche se extendió por Lima el rumor de que todo el sur de la República había sido destruido. Naturalmente no podían tenerse aún noticias fidedignas, pero era evidente que el movimiento que se había sentido en Lima, podía haber sido el final de las ondas que habían partido de un punto lejano y se suponía que ese punto era Arequipa.<sup>18</sup>

Tres días después del terremoto se recibieron las primeras noticias del sur medio, tras el arribo de los primeros navíos procedentes del puerto de Pisco, cuyas aguas mansas servían también para transportar la producción agrícola de Ica:

El domingo (16 de agosto) se recibieron noticias por el vapor, de Pisco e Ica, en el último lugar así como en los fundos de la vecindad, el temblor del 13 había ocasionado considerables daños. Pisco había sufrido por las salidas del mar, desde las nueve de la noche en adelante. Se llevó un muelle y malogró en gran extensión los almacenes construidos cerca de la playa, varias lanchas fueron también destruidas [...] En las islas de Chincha una parte considerable del muelle fue llevado y muchos de los buques anclados allí con el propósito de cargar guano fueron muy dañados, el mar se retiró y regresó con gran violencia. Los buques golpearon unos contra otros, todas las lanchas usadas para cargar el guano se destrozaron.<sup>19</sup>

Pero debió esperarse casi una semana para tener noticias de Arequipa, lo que puede brindar luces en torno a la difícil geografía, pero particularmente sobre la incomunicación espacial que caracterizaba por entonces al territorio del Perú:

Cuando regresamos a casa (el miércoles 19 de agosto) a las 10.30 notamos que los oficiales estaban corriendo de una parte a otra y en el correo muchas personas estaban esperando y hablando ansiosamente. Jueves 20 de agosto: Los periódicos dieron algunos particulares sobre las noticias recibidas. Hablando de Arequipa ellos empezaron con las palabras "ya no existe". Además de eso ellos dijeron de que ninguna iglesia se había mantenido de pie y que ninguna casa había quedado en pie [sic].<sup>20</sup>

Desde los inicios de la emancipación, Arequipa era mestiza, culta pero conservadora y profundamente monacal. Middendorf, tan escrupuloso en sus descripciones, señala:

Arequipa es la segunda ciudad de la República, capital del departamento y de la provincia del mismo nombre, sede de la corte superior y de un obispado, tiene

muchas iglesias, tres conventos de frailes y dos monasterios de monjas, todavía habitados, y un seminario para sacerdotes. Según el último censo, Arequipa tenía 21 mil habitantes y toda la provincia 54 mil.<sup>21</sup>

Arequipa era, al mismo tiempo, la ciudad de los juristas y de las personalidades levantiscas. Casi todas las revoluciones habían utilizado las piedras de sus barricadas y la pluma inflamada de sus letrados. Incluso los chilenos tuvieron reparos en ocuparla durante la Guerra del Pacífico. La afirmación regionalista seguramente provenía del papel económico y social de la ciudad, pues una alianza entre la aristocracia terrateniente y los comerciantes ingleses controlaba el mayor eje comercial y productivo del sur peruano: el de las lanas. Ello permitía que Arequipa estuviera más cerca de Bolivia que de Lima, y que las antiguas rutas coloniales que vinculaban el sur andino y el Alto Perú, siguieran manteniendo un tráfico activo.<sup>22</sup> Seguramente por estas consideraciones, durante la efímera Confederación Perú-Boliviana (1836-1839), se pensó en la Ciudad Blanca como capital del estado sud-peruano.

## **AZAR Y VULNERABILIDAD**

Witt se admira sin embargo de la enorme distancia entre la cuantía de los daños y el bajo número de víctimas en Arequipa. Los sistemas constructivos fallaron, pero la población tuvo tiempo de huir de sus hogares:

Afortunadamente de cualquier modo después de haberse sentido el primer impacto todos los que se pudieron mover dejaron sus casas y corrieron hacia lugares abiertos, así que el número de víctimas no fue tan grande como se podría haber temido [...] Uno no debe olvidarse que los techos de la gran parte de las casas de Arequipa son abovedados y que consecuentemente cuando la piedra clave cede, todo cae. Los valles vecinos así como Mollendo, Mejía y Tambo, también habían sufrido. En muchos lugares la tierra se abrió y brotó agua hacia afuera. Islay (entonces el puerto de Arequipa hasta que lo reemplazó Mollendo), comparativamente había sufrido poco. Como está situada en la elevada costa rocosa, no fue alcanzada por el rugiente elemento, pero las casas construidas de ladrillos o adobes habían caído mientras que las construidas de madera habían quedado en pie.<sup>23</sup>

El historiador José Toribio Polo certifica: "Murieron sólo diez personas, a pesar de que la población de Arequipa era como de 26 mil habitantes".<sup>24</sup>

El sismo afectó también la infraestructura productiva y comercial, destruyó puentes, canales, caminos, puertos y hasta los trabajos iniciales de la vía férrea que uniría Arequipa y Mollendo:

allí el mar se salió como dos millas de la playa del nuevo puerto de Mejía (Mollendo), donde las vías del ferrocarril de Arequipa terminarían. Una gran cantidad de artículos llevados hacia allá por Mr. Meiggs para la construcción de las vías del ferrocarril fue arrasada [...] El valle del Tambo y de Ilo, el puerto de Moquegua, estaban totalmente desolados. El terremoto, el desbordamiento de los ríos, la retirada del mar, todo junto, no perdonaron nada. Moquegua estaba destruida como Arequipa, pero de su suerte no se conocían todavía muchos detalles (el 23 de agosto).<sup>25</sup>

Días después se supo que "en Moquegua se sintió el temblor a las 4:45; duró ocho minutos y murieron 150 personas; hubo después un fuerte viento. La ciudad quedó en escombros por este terremoto",<sup>26</sup> y desde entonces y hasta hoy, las ruinas de su catedral se alzan sobre la Plaza de Armas.

"El valle de Locumba [donde se desarrolla el relato de Ricardo Palma] había sufrido como el resto; Tacna, por el contrario, poco, mientras Arica estaba como podría decirse totalmente destruida. El pueblo de Sama desapareció".<sup>27</sup> José Toribio Polo añade: "En Sama y Locumba se perdió gran parte de las cosechas y la tierra se abrió a trechos en hondas grietas que vomitaban agua cenagosa".<sup>28</sup>

Tacna, la ciudad más cercana al epicentro sintió el terremoto

a las 5:06 p.m. Hubo primero un sacudimiento vertical, de abajo a arriba, y luego otro ondulatorio que impedía tenerse en pie, y duró siete minutos. A los pocos segundos se experimentó otro remezón más fuerte y más largo, que también impedía estar de pie. Siguió un movimiento suave ondulatorio que duró hasta las 11 de la noche [sic] y que se repetía con intervalos cada vez más largos de cinco en cinco y de diez en diez minutos y después cada cuarto de hora [...] Cayeron de 50 a 60 casas, murieron tres individuos y resultaron algunos contusos [...] El mismo [día] 13, a las ocho de la noche, se vio en el cielo de NE a O una faja luminosa estrecha, de color rojizo, que se extendió hasta cubrir el horizonte, en ese sentido, en toda la calle del Comercio; pocos segundos después cesó el fenómeno para renovarse con luz menos intensa.<sup>28</sup>

Resulta sin embargo increíble que un terremoto tan pavoroso tuviera un saldo tan bajo de víctimas, considerando que Tacna albergaba en su casco urbano casi diez mil habitantes. Tal vez se trató de un movimiento que comenzó muy lentamente, permitiendo que los habitantes se pusieran a buen recaudo en los primeros remezones, ya que no puede aducirse que la imaginación popular prolongara la duración del sismo, pues todos los autores consultados repiten que éste superó los siete minutos.

## **UNA OLA DE 16 METROS**

Pero si Arequipa y el resto de localidades citadas "todavía existían", otra era la situación de Arica, el antiguo puerto virreinal que conectaba las minas de plata de Potosí con el mar. A los efectos del terremoto se sumaron los de un tsunami, felizmente durante las horas vespertinas, lo que permitió la evacuación de la población al famoso morro de Arica, símbolo para los peruanos de otro tipo de desastre:

Era Arica en realidad, el lugar más dañado, casi tan duramente como el Callao en 1746, aunque con la gran diferencia de que esta vez la inundación por el mar se produjo cuando todavía era de día y Arica se encuentra al pie de un cerro, en el cual pudieron salvarse sus habitantes. No bien se había visto que el mar se retiraba de la costa y que debía esperarse un maremoto, todo la población corrió cerro arriba. Por eso no hubo relativamente muchas pérdidas de vidas: sólo

enfermos que no pudieron dejar sus lechos y personas que no quisieron separarse de sus enseres.<sup>30</sup>

Witt complementa esta información, señalando que:

Las casas fueron derrumbadas por el impacto y después arrasadas por el mar. Allí estaban por esa época en la bahía el navío de guerra peruano "América", el navío de guerra norteamericano Wateree, la barcaza Fredonia de la misma nación y tres buques peruanos. (El diario) "El Comercio" (de Lima) decía que fueron perdidos totalmente, y parte de sus respectivas tripulaciones se ahogaron. El "América" que había estado más afuera que cualquiera de sus compañeras, fue llevado por alguna distancia encima de la tierra por las olas y a su retirada fue dejado elevado y seco. Parte de la vía del ferrocarril de Arica fue destruida y algunos postes telegráficos compartieron el mismo destino.<sup>31</sup>

La primera gran ola se presentó casi media hora después del terremoto. El historiador José Toribio Polo, proporciona una descripción bastante sintética del fenómeno:

En Arica, a las 5:15 p.m., principió un suave movimiento ondulatorio de Oeste a Este que fue ascendiendo gradual y paulatinamente, durante ocho minutos. Hubo cuatro sacudidas verticales de trepidación y la tierra parecía que saltaba. A las 5:37 se desbordó el mar, cuyas olas enarboladas parecían torres o montañas. La gente huyó hasta la falda del Morro, cosa de 600 metros; y el agua que avanzaba a razón de cinco y media millas por hora, llegó a la altura de los 12 metros a las 5:51, arrasando cuanto encontró a su paso y llevándose al fondo del mar mercaderías, casas y muebles. Principió la vaciante a las 6:17, quedando dicho fondo descubierto hasta más afuera del fondeadero, entre 600 y 900 metros de la orilla, y variando la profundidad de 12 a 13 metros. Este flujo y reflujo duró 40 minutos y hubo corrientadas circulares, por la forma de la costa del Norte, por el Morro y por la isla del Alacrán. A las 6:30 se verificó un nuevo avance del mar, cuyas olas alcanzaron 16 metros de altura, con una velocidad de nueve y media millas por hora. A las 6:43 llegaron las aguas al máximo y volvieron a retroceder. A las 6:56 fue la vaciante. La tercera ola que invadió la tierra fue entre 7:05 y 7:10, con velocidad de diez y media millas por hora. Esta ola varó la América, corbeta nacional de guerra de 1550 toneladas [...] y el Wateree de los Estados Unidos. Fueron arrojados al NO., a 200 metros de la playa.<sup>32</sup>

Polo menciona que "mucho después de las 19 horas, a pesar de la mucha oscuridad creyó percibir tres oleajes más de intensidad decreciente y que transcurrieron 26 minutos entre el máximo de altura de cada oleaje y la vaciante inmediata".<sup>33</sup>

El extremo sur peruano, que albergaba los ricos yacimientos de nitratos, también fue duramente atacado por las embravecidas olas y las vibraciones del terreno. Pero la producción sería restablecida rápidamente a diferencia de lo que ocurriría entre 1879 y 1883, cuando Perú perdió estos territorios en la Guerra del Pacífico. Este último desastre no sería consecuencia de un nuevo acoplamiento de placas tectónicas, sino resultado del rumbo equivocado al que fue arrastrada toda una sociedad, por parte de sus élites.

Polo destaca el efecto del sismo en el emporio de minería no metálica del departamento de Tarapacá: "En Iquique que está a 106 millas (al sur) de Arica, se sintió con violencia el temblor. El mar destruyó gran parte de las casas que eran de madera. Murieron como cien personas y quedaron en ruinas las salitreras".<sup>34</sup> Witt, por su parte, señala que

En Iquique los dos principales establecimientos de nitrato de Gildemeister y Co. y de W. Gibb y Co. fueron totalmente arrastrados por el mar. La pérdida de la última fue gruesamente calculada en medio millón de dólares. La primera tenía en sus tiendas 50 mil quintales de nitrato que se mojaron.<sup>35</sup>

En Talcahuano, Chile, situado a 37 grados latitud sur, el mar creció el mismo 13 de agosto, entró precipitadamente y sumergió parte del puerto.<sup>36</sup>

Aunque las cifras de víctimas no son exactas y hay pequeñas contradicciones entre las diversas versiones y testimonios, se puede inferir que el terremoto y el tsunami arrasaron gran parte del litoral peruano desde Pisco hasta Iquique, muriendo en Chala 30 personas, en Arequipa 10, en Moquegua 150, en Tacna casi nadie, en Arica unas 300 y en Iquique 200, en total unas 700 personas. Sin embargo, esta cifra representaba escasamente un tercio de los muertos que iba dejando la construcción del ferrocarril de Arequipa a Mollendo. La torpe mano del hombre "modernizador" superaba con creces la fuerza devastadora de la naturaleza.

Según los especialistas que han revisado la información disponible, la agitación del océano llegó hasta California, Hawaii, Yokohama, Filipinas, Sidney y Nueva Zelanda. Para arribar a estos alejados territorios y según cálculos realizados por el sabio italiano Antonio Raimondi, "dicha onda sísmica recorrió de 316 a 442 millas marinas por hora, contando cada milla 1852 metros".<sup>37</sup>

Pero no todo fue destrucción. Juan Gildemeister, el dueño de una de las más grandes salitreras de Iquique, hizo con el terremoto el negocio del siglo:

Arruinado temporalmente por la desastrosa marea que en 1868 destruyó muchas de sus propiedades en Iquique, el intrépido Gildemeister hizo que la calamidad se le tornara en éxito por el subsiguiente acaparamiento que hizo del mercado de nitrato, mediante una notable maniobra financiera. Aprovechando que no existía cable entre la costa pacífica y Nueva York, apresuradamente despachó a Hamburgo a uno de sus empleados a fin de comprar una gran cantidad del nitrato al precio de crédito normal. Como llegara a Europa antes que la noticia del desastre, adquirió gran cantidad de los stocks antes de que su precio se fuera por las nubes.<sup>38</sup>

El tsunami convirtió a este alemán en uno de los principales magnates del Perú. Años más tarde vendió su salitrera a una casa inglesa y después del colapso de la guerra con Chile, comenzó a comprar propiedades en el valle norteño de Chicama. La negociación Casagrande llegó a poseer 300 mil hectáreas de tierra, que iban desde el mar hasta las estribaciones de los Andes orientales, superficie equivalente a la de un país como Bélgica.

Tan pronto como los detalles del siniestro se hicieron conocidos, el gobierno tomó medidas para asistir a los damnificados, enviando al sur provisiones y dinero a bordo del navío de guerra peruano "Unión" y de un navío de guerra extranjero que ofreció sus servicios. La mala condición de la "Unión" le obligó a regresar al Callao antes de alcanzar su destino, pero todo lo que tenía

a bordo fue transferido a la "Independencia", que partió sin pérdida de tiempo. Por su parte, los consignatarios del guano

pusieron a disposición del gobierno 500 mil soles sin remuneración o interés. Andrés Álvarez Calderón, el rico contratista que cargaba los buques guaneros; Enrique Meiggs, el contratista norteamericano para las vías del ferrocarril de Arequipa y José Canevaro hijo, contribuyeron a aliviar las miserias de los damnificados del sur con 50 mil, 50 mil y 12 mil soles, respectivamente.<sup>39</sup>

El ministro de justicia e instrucción pública, Luciano Benjamín Cisneros, viajó al sur con la comisión de distribuir socorros. Pese a su buena gestión, la cámara de diputados rechazó un voto de aplauso por su labor. Se afirmó en el debate que el ministerio sólo había cumplido con su deber. Defraudado ante semejante falta de reconocimiento, presentó su renuncia el 15 de octubre. Dos días después la cámara aprobaba un voto declarándose satisfecha por el tino y la habilidad con que el dimitente había cumplido su humanitaria comisión.<sup>40</sup>

Las pérdidas humanas, por lo menos las ocasionadas por el sismo, no habían sido muchas debido a la baja densidad poblacional, pero los daños físicos sí resultaban cuantiosos. Casi todas las muertes fueron producidas por el furor de las aguas. Sin embargo, el Estado peruano prestó atención solamente a la etapa de la emergencia, pues se consideraba que la empresa de la reconstrucción era básicamente privada. Se carecía del espíritu científico, del deseo de dominar la naturaleza, del criterio de organización racional y de previsión del futuro, consustanciales a los ideales de la modernidad.<sup>41</sup> La mentalidad positivista de la época tenía dificultades para entroncarse con la tradición nacional y encontraba resistencia no sólo en los grupos conservadores, sino en las idiosincrasias populares tan vulnerables al inmovilismo y a la influencia clerical. La narración de Palma es prueba elocuente de ello.

El desastre terminó agravando la crisis fiscal. Las remesas de guano al exterior se demoraron más de la cuenta, y los salitreros del sur debieron emprender la reconstrucción de las "oficinas" y campamentos, así como los puertos y los almacenes gravemente dañados por las aguas. El comercio de exportación de lanas de alpaca y llamas se redujo a casi la mitad. Durante el año 1868 disminuyeron drásticamente de 3,166,244 a 1,654,059 libras, como consecuencia de la destrucción de caminos y muelles.<sup>42</sup>

## **LA OPULENCIA FUGAZ**

Pero no bien amainaron las réplicas del sismo y la vida volvió a la normalidad, aún en medio de las ruinas, el fantasma de la crisis económica recorrió de nuevo los círculos del poder. La posibilidad de alternativas se iba estrechando. Para los gobernantes no había más recurso que acudir a nuevos empréstitos que sólo oscurecían más aún el sombrío horizonte. El ministro de Hacienda Francisco García Calderón, renunció ante un impasse con el poder legislativo, pero en el fondo no quiso hacerse responsable de una decisión que comprometía el futuro de la república.

El 5 de enero de 1869 un joven católico y conservador, nacido en Arequipa, asumió la cartera de Hacienda. Nicolás de Piérola esbozó rápidamente un plan para escapar de los apremios económicos que amenazaban la estadía del presidente Balta en palacio. A través del decreto

del 27 de marzo, fijó las bases para vender en Europa dos millones de toneladas de guano, saldar el déficit fiscal y eliminar el sistema de consignaciones con los comerciantes nacionales. Pero todo el mundo dudaba de la posibilidad de encontrar banqueros extranjeros dispuestos a comprar por adelantado la producción de guano.

El judío-francés Augusto Dreyfuss organizó apresuradamente una casa comercial, levantó fondos a través de la Societe Generale de París y suscribió con el gobierno peruano el contrato que desde entonces lleva su nombre. En el acuerdo firmado en la capital francesa el 5 de julio de 1869, se comprometió a comprar dos millones de toneladas de guano, anticipando dos mensualidades de dos millones de soles. Además, aportaría 700 mil soles hasta marzo de 1871 y se encargaría de amortizar el servicio de la deuda externa peruana, que alcanzaba los cinco millones de soles anuales. A cambio, Dreyfuss asumía el monopolio de la venta internacional del fertilizante, en reemplazo de los consignatarios nacionales, obteniendo la exclusividad de los mercados de Europa y sus colonias, con excepción de Cuba y Puerto Rico.<sup>43</sup>

No bien se enteraron de la noticia los consignatarios nacionales,

se inició una viva agitación en el ambiente periodístico, comercial, financiero, político y social. Un grupo de capitalistas nacionales formado por los señores Goyeneche y Gamio, Denegri hermanos, Unánue, Sancho Dávila, Oyague, Dorca, Ayulo y Cía, Canevaro, Barrera y Althaus se presentó al gobierno pidiendo que en el contrato que se iba a celebrar [...] se pusiera una cláusula declarando que los hijos del país serían preferidos.<sup>44</sup>

Piérola había osado desplazar a la plutocracia guanera del control de la mayor riqueza nacional, pero el remedio parecía peor que la enfermedad. "Los capitalistas nacionales, además, se dirigieron a la Corte Suprema, entablado simultáneamente una querrela de despojo y una demanda de retracto".<sup>45</sup> Luego de una ardua polémica, Piérola forzó la aprobación del contrato en el Congreso.

Se suponía que a fines de 1871, el gobierno tendría ya una libre disponibilidad de los ingresos del guano, como entrada normal del presupuesto. Pero Balta quería dejar obra pública y se siguieron pidiendo adelantos sobre las entradas futuras, de conformidad con la ley del 15 de enero de 1869, que autorizaba un enorme plan ferrocarrilero, cuyo costo superaba los 140 millones de soles. No era hora para dispendios y gigantismos, pero Balta logró la autorización para contratar la construcción de los ferrocarriles de Arequipa a Puno y Cuzco, de Chimbote a Huaraz, de Trujillo a Pacasmayo y Cajamarca y otros menores como los de Paita a Piura, Lima a Huacho, Pisco a Ica, Salaverry a Trujillo, Huacho a Sayán, Ilo a Moquegua, Iquique a la Noria, Pisagua a Zapiga y Sal de Obispo, Eten a Ferreñafe; en total más de mil km de vías férreas, que en su mayoría no se pudieron concluir.

El 19 de mayo de 1870, se contrató en París un empréstito por valor de 59.6 millones de soles con la misma Casa Dreyfuss, quedando desde entonces afectas todas las rentas públicas y en especial las aduanas y la propiedad de los ferrocarriles en construcción. La ley del 24 de enero de 1871 autorizó un nuevo préstamo por 75 millones de soles, que equivalía a quince millones de libras. Nadie negaba la importancia de las vías férreas en un país dislocado geográficamente como el Perú, pero entregar el país a los acreedores extranjeros fue una especie de suicidio colectivo, al que nos condujo la irresponsabilidad de los gobernantes y la codicia de un puñado

de hombres de finanzas y constructores, que desde tiempo atrás habían visto al Estado como la principal fuente de enriquecimiento. Obviamente que detrás del faraonismo ferroviario se encontraba Enrique Meiggs, "símbolo de una época corrompida, pero también el paradigma de un extraordinario impulso constructivo en el terreno de las realizaciones materiales".<sup>46</sup>

Si el Perú tenía un territorio inmenso, cortado por inmensas dificultades geográficas; si las riquezas de su suelo necesitaban ser explotadas y encontrar mercados, había que conectar y desarrollar las distintas regiones y todo lo demás vendría por añadidura. Esta filosofía modernizadora que un conservador como Balta intentará practicar, sobre todo, mediante los ferrocarriles,<sup>47</sup>

no modernizó al país aunque lo intercomunicó parcialmente. Pero entonces el capitalismo además de vías de comunicación exigía industrialización, mecanización agrícola y tecnificación en el aprovechamiento de los recursos naturales.

El refuerzo del gobierno central, las grandes obras públicas (que fueron financiadas exclusivamente por el fisco), el despliegue técnico de los ferrocarriles, eran imitación de capitalismo, pues no tenían como fin la universalización del mercado, sino hacer uso de la coerción del Estado y de las posibilidades económicas que su administración deparaba, en beneficio grupal o personal. La pervivencia de un sustrato colonial en el Perú decimonónico, que los conservadores y los consignatarios no se atrevieron a liquidar, ya que atentaba contra sus intereses patrimoniales, impidió un proceso de universalización del mercado y de homogeneización de la sociedad.

La sociedad republicana del siglo pasado siguió siendo una sociedad burocrática, donde el prestigio social estaba vinculado a la cercanía y acceso al poder, antes que al ejercicio de las industrias. El Perú, simulacro de Estado-nación no había surgido de la universalización y homogeneización provocadas por el mercado, sino de una demarcación virreinal,

más que la formalización de una unidad geográfica, económica y social [el Perú] tenía como origen una demarcación político-administrativa, es decir una raíz jurídica: la organización dada por España a sus colonias de ultramar.<sup>48</sup>

Los fabulosos recursos financieros derivados del contrato Dreyfuss y de los empréstitos que Balta había contraído, originaron al ingresar al país un exceso de circulante y un vértigo comercial que arrastró a los hombres de negocios a ensanchar el círculo de sus actividades. Todos deseaban improvisar fortuna. Nuestros campos y ciudades cambiaron de aspecto, pues en todas partes pululaban los obreros y los negociantes. El motor principal de todas las transacciones y arriesgadas empresas fue el crédito y se echó mano de él con indiscreción y falta de prudencia. Obviamente el fin estaba señalado de antemano.<sup>49</sup>

Una ocasión propicia para dar rienda suelta al despilfarro que el contrato Dreyfus fomentaba, fue la ceremonia de inauguración del ferrocarril de Mollendo a Arequipa iniciado durante la gestión de Pedro Diez Canseco. Quizá Balta pensaba animar su decaída popularidad y ganar adeptos para la causa conservadora en las regiones del sur del país, las mismas que habían sido devastadas año y medio antes por el gran terremoto de 1868. Middendorf recuerda que cuando llegó a Arequipa a fines de 1870, en los momentos en que se preparaba la celebración



de las "mil y una noches", gran parte de la ciudad estaba todavía en ruinas. Este contraste entre lo nuevo y lo viejo, entre la ruina y la alegría se refleja en sus palabras:

Aunque entonces había transcurrido año y medio, la reconstrucción de muchos edificios de importancia ni siquiera había comenzado. En la plaza de Armas, la catedral era una masa de ruinas: allí yacían las destrozadas paredes y los muros de las torres que al derrumbarse rompieron la bóveda y llenaron el interior de la iglesia con una informe masa de escombros. La mayor parte de las iglesias ofrecía el mismo espectáculo. A pesar de que los habitantes no se habían recuperado aún del desastre, estaban animados, alegres y llenos de esperanzas. Con la inauguración del ferrocarril se había realizado un viejo anhelo, ya nadie pensaba en la desgracia y todos confiaban en un futuro promisorio.<sup>50</sup>

Meiggs se encargó de programar cuidadosamente "la travesía de noche arábica", que se desarrolló entre el 27 de diciembre y el 10 de enero de 1871, y que adquirió contornos espectaculares. La comitiva oficial y los demás invitados, que sumaban unas 800 personas, se embarcaron en dos naves mercantes y en los buques de guerra "El Chalaco" y la "Independencia". El menú de la fiesta principal organizada para el año nuevo del año 71 consistía en casi cincuenta platos...<sup>51</sup>

Pero el festín económico tenía visos de prolongarse. En noviembre de 1869 ya se había empezado el ferrocarril transandino, que uniría Lima con la sierra central considerado "el más alto del mundo", porque debía escalar el ramal occidental de la cordillera y elevarse por encima de los 5,320 msnm. Y en enero de 1871, cuando los bailes y las risas no se habían esfumado aún de la Ciudad Blanca, se emprendían los trabajos de la vía de Arequipa a Puno, la que se inauguró el primero de enero de 1874. A mediados de 1872 se inició el tendido de rieles de Juliaca al Cuzco, pero la labor se interrumpió en 1875 (un poco después del de la Oroya), ante la virtual quiebra del país.

## **RUMBO AL ABISMO**

El futuro promisorio que los arequipeños habían anhelado aquel año nuevo, se alejó intempestivamente. La guerra franco prusiana y la crisis económica internacional de 1871, impactaron gravemente en la situación económica del país. Al año siguiente,

cuando el Estado peruano celebró el último empréstito del siglo XIX tuvo como compensación, el dudoso privilegio de convertirse en el primer deudor del mercado monetario de Londres, en el mismo momento en que una grave crisis financiera desmantelaba la división latinoamericana del Stock Exchange.<sup>52</sup>

Los papeles de la deuda peruana se desmoronaron, la inflación se hizo presente y el clima social se enturbió. Parfraseando a Palma, "se abrieron grietas" profundísimas en la sociedad peruana, "brotando de ella borbollones de agua fétida".<sup>53</sup>

Los resultados de las elecciones de 1872, que ungieron a Manuel Pardo como presidente,<sup>54</sup> fueron una reacción contra el despilfarro, el ultramontanismo, la arbitrariedad y el militarismo encarnados en la depreciada figura de Balta. El civilista vencedor había sabido rodearse de las

clases profesionales y medias, rentistas, juventud universitaria y aun artesanos, bajo el lema de la República práctica, pero representaba también los intereses plutocráticos de los consignatarios nacionales del guano, heridos por la política de Piérola y Balta. Bajo el nombre de Partido Civil, Pardo

concretó el proyecto que podía ser más grato a sus adeptos y simpatizantes, como heredero del liberalismo e intentó aplicar algunos postulados liberales como la descentralización, los registros civiles, la reforma del ejército.<sup>55</sup>

Diez días antes del traspaso del mando, un golpe de estado intentó cerrar el camino de Pardo a la presidencia. Los cuatro hermanos Gutiérrez (Tomás, Silvestre, Marcelino y Marceliano), que habían copado la conducción del ejército, sacaron sus tropas a las calles y proclamaron a Tomás como nuevo jefe supremo de la República. Todo indica que Balta autorizó el levantamiento, pero se arrepintió a último momento y tras algunos malos entendidos fue asesinado por orden de Marceliano. Conocida la muerte del presidente, la reacción popular se precipitó en forma descontrolada. Ante el vacío de poder, el hampa tomó la ciudad y la barbarie del populacho se desató. Los cadáveres de tres de los hermanos insurrectos terminaron colgados en la catedral. Este oscuro episodio de nuestra historia, todavía no suficientemente estudiado, permite detectar el desconcierto, el miedo y las profundas frustraciones que yacían en el alma colectiva, como consecuencia de una crisis global que avanzaba como una ola de tsunami. Aquellas masas inorgánicas expresaban cansancio, incredulidad, desconfianza y el rechazo a la casta militar, pero en el fondo los desocupados protestaban visceralmente ante los enriquecidos en el cuatrienio 1868-1872. A las duras rencillas que oponían a los poderosos, se sumó la desfiguración de las multitudes. "La muchedumbre después de estas contorsiones epilépticas cayó luego en la atonía".<sup>56</sup>

Cuando Pardo subió al poder, el producto del guano estaba totalmente hipotecado al servicio de la deuda externa del Perú. El presupuesto para 1873 contemplaba un déficit del 50 por ciento. Pese a los esfuerzos de ordenar las finanzas y realizar algunos reajustes hacendarios, se tropezó con insalvables dificultades para salir del círculo vicioso de los empréstitos. Como siempre, más de lo mismo. No bien se sentó en la silla de Pizarro, el nuevo presidente emitió un empréstito por 36 millones de libras esterlinas, que le permitió un leve respiro.<sup>57</sup> Pero tras la caída de los bonos peruanos en la Bolsa de Londres, no le quedó otro camino que presionar a Dreyfuss, su enemigo mortal en 1869, para levantar la alicaída caja fiscal. Se renegoció un nuevo convenio con la Sociéte Générale de París el 15 de abril de 1874, por el cual se le relevaba de pagar la deuda externa a partir del año siguiente. Ello aportaba un poco de liquidez al tesoro público, pero rápidamente los acreedores extranjeros cuestionaron el acuerdo. Los señores Rosas y Althaus fueron enviados a Europa como emisarios gubernamentales, para tratar con los tenedores de bonos peruanos, pero el gobierno de Lima no aceptó la propuesta de arreglo. El crédito del Perú, en sus dos acepciones, estaba por los suelos.

Luego de un tiempo, el ministro José de la Riva Agüero aceptó un nuevo contrato con Dreyfuss, pero los acreedores también boicotearon el trato. El 7 de junio de 1876, cuando ya se extinguía el gobierno de Pardo después de develar una serie de conspiraciones, se volvió a establecer un acuerdo con los consignatarios nacionales Raphael e hijos, Carlos González Candamo y Arturo Heeren. Estos contratistas fundaron la Peruvian Guano Company Limited y recibieron en consignación 1.9 millones de toneladas de guano. Pero el agotamiento de los mejores depósitos guaneros y la competencia de los abonos sintéticos recién producidos en Europa, redujeron en

50 por ciento nuestras exportaciones. Ni la monopolización del comercio de nitratos de Tarapacá (1873), ni la expropiación de las "oficinas" salitreras (1876), pudieron atenuar los efectos de la descomunal catástrofe financiera: el país ya no podía administrar la enorme deuda externa.<sup>58</sup>

## EL PEOR DE LOS DESASTRES

La inopia asediaba a la administración pública. Se tuvo que restituir la contribución personal (subterfugio para hacer tributar a los indígenas) y decretar la inconvertibilidad del billete, se rebajaron las pensiones y montepíos, y se postergó el pago de los sueldos de la burocracia. Finalmente, el 30 de junio de 1876 se interrumpió el pago de intereses de la deuda externa. Un mes después, el general Manuel Ignacio Prado se hizo cargo del gobierno, tras unas elecciones que sirvieron para limar asperezas y encontrar una fórmula de transacción entre civilistas y pierolistas. Ello significó para el flamante presidente una suerte de desagravio tras el derrocamiento que había sufrido ocho años atrás. Sin embargo, las condiciones de su gestión fueron mucho más difíciles que en 1865-1867. El ejército y la escuadra tenían sus arsenales vacíos y el material de guerra obsoleto, las arcas fiscales estaban extenuadas, y de las glorias del conflicto con España sólo quedaba el recuerdo. Alberto Ulloa Cisneros, joven reservista, y después distinguido jurista y hombre de letras, definía de la siguiente manera la situación moral de la República en los albores de la guerra del Pacífico:

¿Cuál sino el desastre podía ser la consecuencia de aquel Estado nacional? ¿qué elementos, qué capacidades qué recursos morales o prácticos podía contar en sus horas de prueba, un pueblo así desorganizado y corroído? ¿De qué habrían de servirle sus brillantes soldados y sus magníficos cañones, si el país mismo carecía de gobierno, de recursos, de entusiasmos, de ideales; si la anarquía devoraba los ánimos; si la corrupción ganaba las conciencias?.<sup>59</sup>

Lo cierto es que la Guerra del Pacífico (1879-1883) se desencadenó en el peor momento y cuando la vulnerabilidad de la sociedad y la economía peruana llegaba a extremos insospechados. Se había creído que el guano era inagotable y se hipotecó el futuro para remontar irresponsablemente el presente. Después del carnaval vino la pasión y la muerte. La guerra produjo la casi total destrucción del potencial productivo del Perú y significó "la sanción a la política de despilfarro e imprevisión puesta en práctica por la clase dominante".<sup>60</sup>

Con la pérdida de las salitreras (de Iquique y Tarapacá), el Perú quedó privado de su más pingüe fuente de riqueza fiscal. La guerra en sus diversas formas había dañado grandemente a las haciendas de casi todo el país. Faltaban labradores y braceros. La nación parecía sin gobierno.<sup>61</sup>

Y efectivamente no lo tenía. Las pugnas en la dirección de la guerra socavaban los heroicos esfuerzos de los combatientes. El propio presidente Mariano Ignacio Prado, aduciendo la necesidad de negociar personalmente la compra de armas y pertrechos, abandonó el país en diciembre de 1879, lo que fue interpretado como una clara desertión. Cinco presidentes le sucedieron en esos aciagos años, promoviendo incluso la duplicidad de mandos: Manuel de La Puerta, Nicolás de Piérola, Francisco García Calderón (presidente cautivo en Chile), Lizardo Montero (jefe del gobierno provisional de Arequipa) y Miguel Iglesias.

Los desastres de la guerra se fueron sucediendo en mar y en tierra durante más de cuatro años sin que Bolivia, que entonces perdió su salida al mar, pudiera tampoco contener el avance de las tropas chilenas. La parte más culta y poblada de nuestro territorio cayó en manos del enemigo, generalizando el empobrecimiento de los ricos y la miseria de los pobres, ya que los campos y las industrias quedaron en ruinas o fueron sometidos a cupos y exacciones. A ello se sumó la pérdida territorial de Arica, Tacna Iquique y Tarapacá. Para terminar de esbozar el cuadro del desastre, es preciso imaginar la ocupación chilena de Lima durante casi tres años, obligando a sus habitantes a cumplir "extraordinarios heroísmos de orden civil, hazañas silenciosas", en frase elocuente de Alberto Ulloa.<sup>62</sup>

Salvo Arequipa y el sur andino, todo el país vivió la desgracia de la invasión. Los grandes desastres "naturales" duraban a lo sumo ocho minutos, pero el impacto económico y emocional de la guerra se extendió por lustros. Middendorf visitó Arequipa en 1885, 17 años después del sismo y cuando la paz ya había sido firmada y observó que:

la población de esta capital ha disminuido notoriamente. Esto se debe a que la ciudad ha sufrido muchísimo, no sólo a causa del último gran terremoto, sino también en época reciente durante la guerra con Chile, y quizá más aún en la guerra civil que estalló después [...] se habían borrado las huellas del terremoto, la catedral había sido restaurada, en gran parte construida de nuevo, al igual que la mayoría de iglesias. La arquería de la plaza era más bella que la antigua y las casas particulares habían sido reconstruidas. Mas este aspecto externo de aparente bienestar encubría un profundo empobrecimiento, una total paralización de las industrias y el comercio.<sup>63</sup>

Muchos han dicho que el Perú es un país de desastres por su intrincada y frágil geografía, por la violencia natural, por su origen como promesa de nación tras el catastrófico choque de la conquista. Incluso el nombre del soberano que sentó las bases de la expansión del imperio de los incas, Pachacútec, es sinónimo dentro de la cosmovisión andina, del trastocamiento del mundo y de los desastres.

Maremotos y salidas de mar amenazando a los puertos y ciudades aledañas, crecidas de los ríos e inundaciones en los valles de la costa, aluviones y huaycos en la sierra, terremotos en diversos lugares del territorio suelen interrumpir de vez en cuando la continuidad de la vida peruana. Son también personajes de su milenario acontecer histórico. Pero pasadas las horas y minutos espantosos, el lodo asesino o devastador sirve para hacer adobes, y a pesar de las víctimas, los desgarramientos las violencias, las amenazas y el silencio, en el mismo sitio u otro cercano, sobre la muerte surge luego la vida.<sup>64</sup>

Pero de la muerte y destrucción suscitados por la guerra poco es lo que puede rescatarse.

A veces toda una sociedad se encamina hacia un desastre. Ése es quizá el más terrible de todos, peor que las convulsiones de la naturaleza, porque se agolpan todas las vulnerabilidades posibles. El hombre y una sucesión de circunstancias fabricadas por él, incuban los gérmenes de su propia destrucción. El Perú como país sufrió varias conmociones durante el siglo XIX, incluso el terremoto y el tsunami más grandes de nuestra historia. Pero

ninguna como la guerra iniciada en 1879. Fue el sacudimiento más tremendo que el hombre peruano sintió en ese siglo. Encendió todo el territorio, desde el sur hasta el norte, desde la costa hasta la sierra. Implicó una enorme pérdida fiscal y penetró en las esfera económica e industrial, en las ciudades, en los villorios y en los campos, en los hogares y hasta en las comunidades indígenas. No hubo existencia de contemporáneo, joven o viejo, varón o mujer, que de un modo u otro no resultara tocada por este drama. Al terminar la pesadilla de la guerra y de la ocupación, el país seguía viviendo. Pero era un país exangüe, amputado, dolorido. En suma un país yacente.<sup>65</sup>

Se había cumplido el supersticioso augurio de los indios de Locumba. Después de la ruina y el espanto, un derrumbe volvió a cubrir el tesoro del cacique, y del guano y sus supersticiones nada quedó. La posguerra del Pacífico, esos años de dura prueba que se prolongaron demasiado y que hasta hoy nos lastiman, fueron vividos como un rito colectivo, como un purificador baño de sangre. Sólo entonces pudo iniciarse la reconstrucción, esa penosa tarea de liquidación del pasado y de preparación del porvenir.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ARON, RAYMOND 1967 "Development theory and the ideological problems of our time", en: The Industrial Society: Three Essays on Ideology and Development, Simon & Schuster, Nueva York.

BASADRE, JORGE 1939 Historia de la República del Perú, Librería Imprenta Gil, Lima.

1947 La multitud, la ciudad y el campo, Editorial Huascarán, Lima.

1964 Historia de la República, T. IV, Milla Batres, Lima.

BONILLA, HERACLIO 1973 Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

1980 Un siglo a la deriva, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

1985 "Guano y crisis en el siglo XIX", en: Nueva Historia General del Perú, 4a. ed., Mosca Azul, Lima.

FLORES-GALINDO, ALBERTO 1977 Arequipa y El Sur Andino. Siglos XVIII-XX, Edit. Horizonte, Lima.

GIESECKE, ALBERTO y ENRIQUE SILGADO 1981 Terremotos en el Perú, Ediciones Rikchay Perú, Lima.

KLAREN, PETER 1980 La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

LECAROS, FERNANDO 1979 La guerra con Chile en sus documentos, Editorial Rikchay Perú, Lima.

MIDDENDORF, ERNST 1973 Perú, 2 vols., Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

NÚEZ HAGUE, ESTUARDO y ENRIQUE MEIGGS 1966 Biblioteca Hombres del Perú, Editorial Universitaria, Lima.

PALMA, RICARDO 1964 Tradiciones Peruanas Completas, Aguilar, Madrid.

PEASE G.Y., FRANKLIN 1993 Perú, Hombre e Historia (La República), T. III, Edubanco, Lima.

VALEGA, JOSÉ MANUEL 1939 El Virreinato del Perú, Ediciones Cultura Ecléctica, Lima.

WITT, HEINRICH 1987 Diario y observaciones sobre el Perú (1824-1890), Selección y notas de Pablo Macera, Cofide, Lima.

## NOTAS

1 Ricardo Palma (1833-1918) fue un prolífico autor peruano que inauguró el género denominado «tradiciones», donde la historia y la ficción se alimentan mutuamente.

2 Palma, 1964:1059.

3 Giesecke y Silgado, 1981:31.

4 Basadre, 1939:399-400.

5 Basadre, 1939:400.

6 Núñez, 1966:82.

7 Basadre, 1939:399-400.

8 Núñez, 1966:82.

9 El censo de 1872 dio una población de 2,704,998 habitantes (Basadre, 1939:448).

10 Basadre, 1947:243-244.

11 Basadre, 1939:402.

12 Bonilla, 1985:129.

13 Flores-Galindo, 1977.

14 Basadre, 1939:408.

15 Middendorf, 1973,1:109.

16 Witt, 1987:265.

17 Witt, 1987:265-266.

18 Middendorf, 1973,1:109.

19 Witt, 1987:266 y 269, respectivamente.

- 20 Witt, 1987:268.
- 21 Middendorf, 1973,1:109.
- 22 Flores-Galindo, 1977:92.
- 23 Witt, 1987:269.
- 24 José Toribio Polo, *Catálogo de Temblores en el Perú*, Sociedad Geográfica de Lima, citado por Carlos Bachmann en: *El Comercio de Lima*, 18 de enero de 1935 y publicada como una extensa nota a pie de página en: Valega 1939:400-403.
- 25 Witt, 1987:269.
- 26 José Toribio Polo, citado en: Valega, 1939:400-403.
- 27 Witt, 1987:269.
- 28 José Toribio Polo, citado en: Valega, 1939:400-403.
- 29 José Toribio Polo, citado en: Valega, 1939:400-403.
- 30 Middendorf, 1973,1:109.
- 31 Witt, 1987:269.
- 32 José Toribio Polo, citado en: Valega, 1939:400-403.
- 33 José Toribio Polo, citado en: Giesecke y Silgado, 1981:31.
- 34 José Toribio Polo, citado en: Valega, 1939:400-403.
- 35 Witt, 1987:269.
- 36 Giesecke y Silgado, 1981.
- 37 José Toribio Polo, citado en: Valega, 1939:400-403.
- 38 Klaren, 1980:25-26.
- 39 Witt, 1987:269ss.
- 40 Basadre, 1964:1723.
- 41 Aron, 1967:87.
- 42 Bonilla, 1973:33.
- 43 Pease, 1993.
- 44 Basadre, 1939:408.
- 45 Basadre, 1939:410.
- 46 Núñez, 1966:83.
- 47 Basadre, 1939:401.
- 48 Basadre, 1939:5.
- 49 Basadre, 1939:435.
- 50 Middendorf, 1973,11:169.

51 Núñez, 1966.

52 Bonilla, 1985:128.

53 Palma, 1964:1059.

54 Pardo no estaba libre de polvo y paja. En 1864 recibió la comisión de gestionar un empréstito en Europa. Durante la dictadura de Prado después de la guerra contra España fue secretario de Hacienda. Don Guillermo Bogardus un abogado y negociante de la época, presentó en 1866 una denuncia contra los consignatarios del guano en la Gran Bretaña, por abusos en la expedición y administración del guano y en la colocación del empréstito hecho por Pardo., así como en la compra de los barcos Unión y América. El Congreso acogió esta denuncia durante la época de Balta y creó la comisión de delegados fiscales para promover el juicio respectivo, que fue seguido ante la Corte de la Cancillería de Londres (Basadre, 1939).

55 Basadre, 1939:430.

56 Basadre, 1939:430.

57 Bonilla, 1980:155.

58 Bonilla, 1985.

59 Citado en: Lecaros, 1979:28.

60 Bonilla, 1985:125.

61 Basadre, 1939:525.

62 Citado en: Lecaros, 1979:147.

63 Middendorf, 1973,II:169ss.

64 Basadre, 1939:7ss.

65 Basadre, 1964:2665